

los dolores, como dice el Señor en el Evangelio: «Vendrán pestes, hambre y terremotos; se alzarán pseudo-Cristos y profetas falsos, aparecerán signos y milagros que extraviarán hasta a los elegidos,» conforme ha sucedido en este tiempo, según se ve en el ejemplo siguiente. Un hombre del país de Bourges fué un día al bosque por madera para un trabajo urgente; pero un enjambre de moscas (ó mosquitos) dejóle allí, según declaró después, tan mal parado que quedó privado de sentido dos años. En esto se ve ya la mano del diablo. Después recorrió este hombre las ciudades vecinas y llegó a la Provenza arlesiana, donde se vistió de pieles, rezó como los religiosos, y el espíritu maligno, para atraérsele, le comunicó el don de la profecía. Abandonó luego el país, para aumento de su maldad, y se presentó en el territorio de la ciudad de Javols como personaje muy grande, y hasta tuvo el descaro de decir que era Cristo. Se asoció con una mujer, de quien decía ser hermano, y la hizo llamar María. Una gran multitud de gente corrió á verle y á presentarle enfermos, á quienes tocaba y curaba; muchos le dieron oro, plata y ropa, y él lo repartió todo entre los pobres. Para seducir mas á la gente prosternóse en el suelo elevando oraciones fervientes al cielo; la mujer hacia lo mismo, y cuando el hombre se había levantado, se hacia adorar por los que estaban mirándole. También predijo el porvenir; á unos anunciaba enfermedades, á otros pérdidas, á muy pocos predecía fortuna. Todo esto hizo por medio de artes diabólicas y de no sé qué maleficios. Una multitud inmensa de gente se dejó seducir, y no solo gente ignorante sino también obispos de la Iglesia, y poco á poco se aumentó el número de los que le seguían hasta mas de 3,000 personas.

»Con esta fuerza empezó á despojar á muchos que encontraron en los caminos y á repartir lo que les quitaba entre los que no tenían nada. A obispos y vecinos propietarios amenazó con la muerte cuando no querían adorarle. De esta manera llegó al territorio de la ciudad de Velay (1) y de allí á un lugar llamado Anicio (hoy Puy), donde formó la multitud que le seguía en orden de batalla. cerca de las basílicas inmediatas, como si quisiese atacar al obispo Aurelio, que allí vivía, al cual envió en calidad de mensajeros gente que, enteramente desnudos, bailaban y saltaban. El obispo, asombrado, envió á reconocer aquella gente hombres intrépidos para que viesen y le llevasen noticia de lo que aquello significaba. Cuando llegaron á donde estaba el jefe, el principal de la comision se inclinó en su presencia, haciendo como si quisiese besarle las rodillas; pero como entonces el (profeta) vagabundo diera orden de prenderle y despojarle, el enviado sacó la espada y acuchilló al que se hacia llamar Cristo, y que con mas razon deberia haberse llamado Anticristo. Esto bastó para que los que le seguían se dispersasen. La mujer, sometida al tormento, descubrió toda la farsa y los maleficios del muerto; sin embargo, aquellos á quienes con su astucia diabólica había hecho creer sus imposturas, jamás se convencieron completamente de su error, sino que siempre le veneraron reconociéndole por Cristo y sostuvieron que aquella María participaba de su divinidad. En toda la Galia hubo entonces muchos que con semejantes artes mágicas se atrajeron mujeres de toda clase, á las cuales hicieron pasar por santas, haciéndose pasar ellos mismos por seres privilegiados. Muchísimos de éstos hemos visto nosotros y los hemos reprendido para sacarles de su error.»

Hacia cerca de tres siglos que el cristianismo era conocido y se había propagado en la Galia, pero los francos no habían

(1) La comarca se llama todavía hoy *Le-Velay*, y su población principal *Puy-en-Velay* (antiguamente *Anitium*). La ciudad de Velay, hoy *Sainte Pauline*, se llamaba en la época romana *Revesio* ó *Ruession*.

empezado á cristianizarse sino desde un siglo antes de la época de que se trata. Entonces las nociones y los misterios del cristianismo se mezclaron con los del paganismo germánico de los francos formando un rico material de supersticiones, muchas de las cuales el mismo clero acabó por admitir y creer, ya que no podía manejar otra arma sino la del terror á los poderes invisibles. Sin embargo, no es probable que los tanáticos pseudo-profetas fuesen germanos ni meros ilusos aventureros, porque los germanos no habían llegado todavía entonces á aquel grado de exaltacion de sentimientos que predispone á las personas mas rudas á entusiasmarse por ideas religiosas. La tendencia á los éxtasis religiosos había ido constantemente en aumento á medida que la dominacion de los bárbaros aumentaba la tristísima condicion del pueblo galo-romano. Así es que menudeaban las apariciones de profetas, que con sus milagros hacian una competencia poco agradable á los piadosos obispos y á las reliquias de sus basílicas; y no siempre producía efecto que los obispos calificasen los milagros de los intrusos de obra del espíritu perturbado. A esta competencia de los pseudo-profetas se agregaban las exigencias de la profunda miseria, que bajo pretexto de fraternidad cristiana y comunista impulsaban á robar á los ricos para dar á los pobres, y finalmente los extravíos eróticos de los extáticos mas sinceros.

»En este tiempo murió también Ragnemodo, obispo de Paris (2); y á pesar de que su hermano Faramodo solicitó el obispado, fué dado éste á un comerciante, natural de Siria, llamado Eusebio, que había hecho ricos regalos (al rey). Eusebio, apenas hubo tomado posesion de su silla, despidió á todo el personal instalado por su predecesor en la casa de la iglesia principal y puso en su lugar gente de su país, sirios como él. Murió también Sulpicio, obispo de Bourges, y le sucedió en esta dignidad Eustasio, diácono de la iglesia de Autun.

»Entre los francos de Tournay originóse (en 591) una pendencia bastante grave, porque uno de ellos denostó con frecuencia á su cuñado porque solicitaba otras mujeres y dejaba la suya, hermana del otro; y como no hubo enmienda, encendiéndose tanto la ira del primero, que mató con su gente á su cuñado. Pagó esta muerte con su vida, porque los que acompañaban á su cuñado le mataron á él; y tan furiosa fué la pelea que solo escapó uno con vida, porque quedó sin adversario. Desde entonces no cesó la guerra entre las dos familias, á pesar de todas las reflexiones que les hacia la reina Fredegunda para reconciliarlas antes que hubiese desgracias mayores. Viendo que nada lograba con buenas palabras, pacificó á los contendientes con el hacha. Convidó para esto á un gran número de hombres á un festin y entre ellos á los tres representantes principales de las dos familias, y á estos hizo sentar juntos en un mismo banco. La comida se alargó hasta entrada la noche, y cuando se hubieron quitado las viandas volvieron á ocupar los francos según su costumbre sus asientos para continuar las libaciones hasta que todos se emborracharon, sin exceptuar los criados, que vencidos por el vino se quedaron dormidos en todos los rincones de la casa. Entonces se colocaron tres hombres armados cada uno con una hacha detrás de los tres parientes enemigos, y mientras éstos estaban hablando entre sí, levantaron las hachas y de un solo golpe dado á cada uno de los tres, les dejaron muertos; y con esto se acabó la fiesta. Llamábanse los tres Carivaldo, Leodovaldo y Valdeno. Cuando sus parientes supieron su muerte, ya no perdieron de vista á Fredegunda y enviaron á noticiar al rey lo sucedido para que hiciera

(2) Desde el año 576. Era muy amigo de Venancio Fortunato, que le llama en una de sus poesías *Rueco*.

prender y matar á aquella mujer. Para apoderarse de ella fueron convocados los hombres de armas de la Champaña; pero no acudieron al llamamiento, y Fredegunda fué trasladada por su gente á otra parte.»

Estos francos se mataban como fieras, á traicion, ó como podían, y lo mas curioso es la conducta de la feroz Fredegunda, que esta vez restablece la paz entre sus francos de la manera que queda dicho, satisfaciendo al mismo tiempo su instinto sanguinario; todo esto sin ser la soberana. Esta figura de Fredegunda evidentemente es por completo verídica, porque además de ser contemporánea del obispo historiador, éste es demasiado leal é incapaz de inventar un carácter tan completo, aunque pudo admitir algunas acusaciones de la voz pública contra aquella mujer sin averiguar su veracidad. A pesar de todo, veremos ahora al rey Gontran, que atribuyó á Fredegunda como sabemos mas de un atentado contra su persona, aproximarse otra vez á aquel monstruo, probablemente para asegurar la conservacion de la familia merovingia y su dominacion. Así es que no pudiendo suscitar ya dudas sobre la legitimidad del niño Clotario II creyó conveniente dispensarle su proteccion y robustecer su posicion, como hizo en efecto.

»Después de esto, envió (Fredegunda) una embajada al rey Gontran para decirle «que se dignara pasar á Paris para sacar á su hijo, su sobrino, de la pila bautismal y considerarle ahijado suyo.» El rey dió orden á los obispos Eterio de Lyon, Siagrio de Autun, Flavio de Chalons y á otras personas de pasar á Paris y anunciar su próxima llegada. También llegaron para aquella ceremonia y reunion de personas principales muchos otros varones, domésticos y altos funcionarios de la corte del rey, á fin de preparar lo necesario para la llegada y estancia de su amo. Dolores en los piés retardaron el viaje del rey; pero tan pronto como estuvo curado se trasladó á Paris y de allí á la hacienda de Rueil, situada en el territorio de la ciudad. Hizo venir allí al niño, y disponer al propio tiempo el bautizo en la aldea de Nanterre.

»Llegaron en esto embajadores del rey Childeberto, que dijeron al rey Gontran: «No es esto lo que prometiste no há mucho á tu sobrino, á saber: que no harías amistad con sus enemigos. Vemos que nada de esto cumples, y olvidando tu promesa, pones á este niño en la sede real de Paris; pero Dios juzgará este olvido de lo que libremente prometiste.»

De esto han querido deducir algunos que Paris era entonces ya capital ó centro de todo el imperio franco; pero ésta es evidentemente una exageracion, porque cuando Clodoveo trasladó su residencia de Soissons á Paris, hizo esta ciudad capital de su reino particular, como lo era cuando la embajada de Childeberto hizo las reconvencciones que acabamos de citar á Gontran. Paris no era mas capital ni centro de todo el imperio franco, que Orleans, Metz y otras residencias favoritas de los otros reyes francos, perfectamente independientes y la mayor parte enemigos uno de otro. Paris tenia, no obstante, gran importancia y era ambicionada por todos los reyes descendientes de Clodoveo, quizás porque había sido residencia suya.

»El rey contestó: «No he olvidado la promesa hecha por mí á favor de mi sobrino el rey Childeberto; mas no debe tampoco escandalizarse porque saque de pila á su primo, el hijo de mi hermano, acto que ningun cristiano puede rehusar, y Dios sabe que no lo hago con intencion aviesa, sino con toda la sinceridad y sencillez de mi corazon, porque temo la ira de Dios; ni tampoco el hacerlo es humillar á nuestra familia, pues si los amos apadrinan á sus siervos ¿no podré yo apadrinar sacando de pila á un pariente tan próximo? Id, pues, y decid á vuestro amo que observaré sin cere-

narlo el pacto que con él he hecho; mientras él no le infrinja por culpa suya, no seré yo ciertamente quien falte á él.»

»Dicho esto partieron los embajadores. El rey se aproximó á la pila bautismal y presentó el niño al sacerdote y cuando lo sacó mandó llamarle Clotario y dijo: «Que crezca el muchacho y que se haga digno de este nombre (1), y sea tan poderoso como el que lo llevó antes. Después de haber administrado y cumplido el sacramento, invitó al niño á su mesa y le dió muchos regalos. El recién bautizado (2) invitó á su vez al rey y le honró también con muchos regalos, Gontran después regresó á Chalons.»

Con esta relacion cierra Gregorio de Tours la parte política de su obra, y solo añade, según su costumbre, datos respecto de fenómenos de la naturaleza, de epidemias y otros sucesos para él milagrosos, ocurridos en aquel año (591). Al referir la muerte de un gran santo narra la vida de éste y acaba con una lista cronológica de los obispos de Tours, con noticias de sus hechos mas notables.

»En este mismo año (591) pasó á mejor vida Aredio. Era natural de Limoges, de padres libres y de hacienda algo mas que mediana en su comarca. Niño todavía, fué entregado al rey Teudeberto, que le agregó al personal de su palacio (3). Vivía entonces en la ciudad de Tréveris el obispo Nicccio, hombre de vida muy santa, predicador de elocuencia admirable, y celebrado, además, por todo el pueblo á causa de sus buenas obras y de los milagros que operaba. Nicccio vió á aquel jóven en el palacio del rey; distinguió en sus facciones como algo divino y le hizo entrar en su reducida celda, donde después de hablar sobre cosas del cielo, el jóven le suplicó que le instruyera, sobre todo, en las Sagradas Escrituras. Dedicado á estos estudios bajo la direccion del obispo y en su compañía, habiéndose hecho rapar la cabeza, un día, estando en la iglesia, mientras el clero cantaba salmos, una paloma bajó del techo, revoloteó alrededor del jóven Aredio y se posó sobre su cabeza; señal, en mi concepto, de que entonces había recibido ya el don del Espíritu Santo. Quiso, avergonzado, apartar la paloma, pero ella, después de revolotear un poco, volvió á posarse sobre su cabeza y luego sobre el hombro y le acompañó constantemente hasta dentro de la celda del obispo. Esto duró, con gran admiracion de Nicccio, muchos dias. Murieron el padre y hermano de Aredio, y siendo éste el único hijo que había quedado á su madre Pelagia, que tampoco tenia otros parientes, se trasladó á su país para consolarla. Allí se dedicó enteramente á oraciones y ayunos, por cuya razon suplicó á su madre que se cuidara del gobierno de la casa, de los criados, de los campos y viñas, y solo se reservó el privilegio de cuidarse de la construccion de iglesias para honrar á los santos. Construyó muchas, les proporcionó reliquias, fundó un convento (4), haciendo entrar en él como monjes á varios siervos suyos, rapándoles la cabeza y dándoles por regla la de los santos Casiano, Basilio y otros abades, fundadores de la vida monástica. Su devota madre se cuidaba de la manutencion y vestido de estos monjes, sin que tan considerable carga le impidiera cantar las alabanzas de Dios, en cualquier trabajo que se ocupase. Poco á poco acudieron enfermos á quienes Aredio curó con la imposicion de su mano y haciendo sobre ellos la señal de

(1) Los lingüistas no están de acuerdo sobre lo que significa este nombre, que no se puede explicar satisfactoriamente. I. Klcot. Clot. parece corresponder al griego *klytos*, ilustre, y *hari ó heer*, hueste, *hriger*, guerrero.

(2) Y en su nombre su ayo, porque su madre Fredegunda no se atrevió á presentarse, según se desprende de la relacion.

(3) Para recibir allí, con otros hijos de familias distinguidas, una educacion mas adelantada que en su casa. Gregorio de Tours dice en otra parte que Aredio llegó á ser canciller primero del rey.

(4) Saint-Trier, en el Lemosin.

lar. Por esta razón tampoco pudo disimular el mismo Gregorio su propia ignorancia y nivel intelectual.

Con mucho acierto ha llamado Gregorio su obra: *Historia eclesiástica de los Francos*, porque es un cuadro verdadero y completo del estado de la Iglesia en tiempo y bajo el dominio de los francos, así como de las costumbres, de la civilización y del espíritu en general del país y de los francos en especial. Así nos presenta la parte política tal como era, es decir, como una serie de sucesos fragmentarios, sin conexión ninguna, tales como han de ocurrir entre pueblos que no tienen todavía política, ni grandes personajes que representen alguna idea fecunda.

Para el período inmediato, que abraza siglo y medio, abundan más las fuentes históricas, especialmente respecto de la Iglesia. Habiendo presentado, con el auxilio de Gregorio de Tours, los puntos más luminosos así como los más sombríos de la historia de los francos, podemos detenernos un momento para decir que lo que más que a nadie tenemos que agradecer a este autor es la idea clara que nos da de la influencia del cristianismo franco en la Galia a fines del siglo VI, influencia que a juzgar por los frutos que produjo entre los francos y romanos, fué pequeña bajo el punto de vista de la moral.

Lo que aquellos francos tomaron y otros germanos aprendieron no fué el ideal filosófico-religioso y moral al cual habían elevado a los hombres las sencillas y primitivas nociones cristianas de los cincuenta años anteriores, bajo el influjo de la antigua civilización, y de la nueva y creciente educación romana y germánica, sino que fué aquella mezcla de miedo a la muerte, al infierno y a las fuerzas de la naturaleza con la creencia de que podían ser sobornados Dios y los santos, con la fe más estúpida en ciertos prodigios y con la especulación inmoral sobre la eterna bienaventuranza en el cielo a cambio de una buena obra aislada ó por antinatural alejamiento de la sociedad, mezcla de que vemos tantos ejemplos en aquella época.

CAPÍTULO IX

DESDE LA MUERTE DEL REY GONTRAN HASTA LA DE CHILDEBERTO II, Ó SEA DESDE EL AÑO 593 HASTA 596

Gregorio de Tours concluyó su *Historia* en el año 592, y poco después, en 28 de marzo de 593, murió el rey Gontran en el trigésimo tercer año de su reinado (1). Conforme al tratado de Andelot, heredó sus dominios su sobrino Childeberto, el cual por esta herencia juntó a su reino de Austrasia la Borgoña y en general todos los territorios dominados por los francos al Sur del Loira. El niño Clotario II conservó solo los territorios, y éstos aun mercedados, que habían correspondido en un principio a su padre Chilperico, quedando reunidos en manos de su primo Childeberto los que habían correspondido cuando la partición a Sigeberto, Gontran y Cariberto.

Childeberto no habría sido franco y merovingio si no hubiese tratado desde el primer instante de añadir a sus dominios la parte de su primo, el hijo de la asesina de su padre y enemiga mortal de su madre, circunstancias que podían ha-

(1) Fredigaro, que en adelante será nuestro guía, en su *Historia Francorum* (dividida en 6 libros, de los cuales el 2.º, 5.º y 6.º se encuentran en la edición de las obras de Gregorio de Tours publicada en 1699 en París por Ruinart, y que llega en el tomo 5.º hasta la muerte del rey Gontran), dice que este rey fué sepultado en la iglesia de San Marcelo de Chalons. En el tomo 6.º de la obra citada refiere Fredigaro los sucesos ocurridos desde entonces hasta el año 641, en que escribió, pero de un modo demasiado escueto.

cerle parecer este despojo como un deber y en todo caso como una satisfacción de su venganza. Sin demora envió a Vintrio, jefe de la fuerza armada de la Champaña, con una hueste al territorio de su primo, naturalmente con la idea de conquistar, si no todo, una parte; pero Vintrio se encontró con la hueste de Clotario, que iba con él, aunque niño, ignorándose quién mandaba esta fuerza, la cual derrotó completamente a los invasores. Hubo de ser muy sangrienta la batalla, porque Paulo Diácono dice, por supuesto con datos exagerados, que quedaron en el campo 30,000 muertos (2).

En el año siguiente hubo encuentros sangrientos con los bretones, que no se dejaron arrancar las ciudades de Nantes, Vanes y Rennes, ni su independencia efectiva, aunque de cuando en cuando reconocían nominalmente y a la fuerza la soberanía de los francos. Por entonces extendieron sus excursiones hasta Angers y el río Sarthe y aun más allá.

Por primera vez desde mucho tiempo oyense noticias de algún suceso ocurrido en el interior de Alemania, es decir, desde los años 562 y 566 en que el rey Sigeberto expulsó los avares de Turingia, después de lo cual solo sabemos por Paulo Diácono que los sajones que habían pasado a Italia volvieron en el año 572 a Alemania. Fredigaro dice lacónicamente que un ejército de Childeberto derrotó (en 595) a los varnos, que habían intentado hacerse independientes de los francos. Algunos autores (Waitz) creen que estos varnos eran los que menciona Procopio (en su obra *Bellum gothicum*, lib. IV, 20) como establecidos enfrente de Inglaterra, es decir, los *taringos* ó turingios de la orilla izquierda del Rin; pero es mucho más probable que la noticia de Fredigaro se refiera a los vecinos de los turingios de Alemania, los suabos septentrionales, porque Teodeberto I se jactó en su carta al emperador Justiniano de que después de haber sometido a los turingios se le sometieron también estos suabos septentrionales, a los cuales más adelante Clotario I y Sigeberto permitieron ó mandaron ocupar el país que habían abandonado aquellas tribus sajones que emigraron con los longobardos a Italia. Por esto cuando los sajones citados regresaron a Alemania, al país que habían abandonado, hubo entre ellos y los suabos, que entretanto lo habían ocupado, luchas sangrientas, de las cuales solo existen episodios legendarios sobre el motivo tan conocido y repetido de pueblos errantes que regresan a países que abandonaron. Como se refiere en todas estas leyendas germánicas, los que regresaban querían exterminar a los usurpadores, pero éstos, en el caso presente los francos, prometieron ceder a los reinmigrantes sajones una tercera parte del territorio disputado; y como a pesar de haberse aceptado esta oferta por los sajones no hubo tranquilidad, ofrecieron los suabos ceder otra tercera parte del territorio, y sucesivamente, para rehuir toda colisión, lo prometieron todo y hasta sus ganados. Pero los sajones no se contentaron ni aun con esto: querían exterminar a los intrusos y quedarse con sus mujeres. La misericordia de Dios justo hizo que sus intenciones diesen el resultado contrario, porque en la batalla decisiva que se dió entre los dos pueblos, ó sea entre 26,000 sajones y 6,000 suabos, perecieron 20,000 de los primeros y solo 480 de los segundos. Los sajones sobrevivientes juraron que no se cortarían ni la barba ni el cabello hasta haberse vengado de sus adversarios. Hubo, pues, otra batalla en que los sajones sufrieron otra derrota más cruel que la primera, y así los que quedaron renunciaron a la guerra.

Aunque estos números no pueden merecer la menor con-

(2) Según los *Gesta Francorum*, escritos mucho después y publicados por Migne, se dió la batalla cerca de Drois (Trucia), en el país de Soissons, si bien toda la relación tiene más de legendaria y hasta de fabulosa que de histórica.

TRANSCRIPCIÓN DEL FACSIMILE DE LA «HISTORIA DE LOS FRANCOS» DE GREGORIO DE TOURS, libro IV, cap. 1 y 2.

IGITUR CHRODIC(H)ILDIS REGINA plena dierum. bonisque operibus praedita, aput(d) urbem t(T)uronicam obiit, tempore i(I)njuriosi episcopi, quae p(P)arisius cum magno psallentio deportata in sacrario basilicae sc̄i (Sancti) p(P)etri ad latus Chlodou(v)echi regis sepulta est a filiis suis c(C)hildeberto atque c(C)hloth(cha)rio regibus, Nam basilicam illam ipsa construxerat in qua et genuueua (Genofeva) beatissima est sae(e)pulta |||||

II. Denique c(C)hloth(cha)rius rex indixerat ut omnes ae(e)clesiae regni sui tertiam partem fructuum fisco dissolu(v)erent, Quod licet inu(v)iti cum omnes episcopi consensissent atque subscripsissent, U(v)iriliter hoc beatus i(I)njuriosus respuens subscribe(re) dedignatus est(,) dicens, („)Si u(v)olueris res di (Dei) tollere dñs (Dominus) rec(g)num tuum u(v)elociter aufert, Quia iniquum est ut pauperes quos tuo debes alere horreo ab eorum stipe tua repleantur. Et iratus contra regem nec u(v)aledicens abscessit Tunc con(m)motus rex timens etiam u(v)irtutem beati m(M)artini

la cruz. Imposible me sería citar los nombres de todos los que curó aunque los tuviera en la memoria; pero lo que sé es que cuantos enfermos fueron á verle volvieron á marchar sanos. Únicamente citaré algunos de sus milagros principales.

«Viajando una vez en compañía de su madre para visitar la basílica de San Julian, llegaron á un sitio donde iban á hacer noche, pero donde no había agua, y dijo la madre: «Hijo mio, ¿cómo podemos pasar aquí la noche si no tenemos agua?» Entonces prosternóse Aredio y oró largo rato; despues levantóse, clavó la varita que tenía en la mano en la tierra, le dió dos ó tres vueltas y la volvió á sacar todo gozoso, porque tras ella salió tanta agua que no solamente hubo para ellos, sino tambien para el ganado. No hace mucho, encontrándose tambien de viaje, le sorprendió una nube amenazando agua; al verla inclinó la cabeza sobre el caballo que montaba y extendió las manos hácia el cielo, y cuando hubo concluido de orar, dividióse la nube en dos, dejando caer un furioso chaparrón á ambos lados de Aredio y de su gente, sin que cayese sobre ellos ni una gota. Vistrimundo, por sobrenombre Tato, vecino de Tours, tuvo tan gran dolor de muelas, que hasta tenía el carrillo hinchado. Lamentóse de ello al santo varón, y poniéndole la mano en el punto dolorido al momento desapareció el dolor sin que haya vuelto mas desde entonces. Esto me lo contó el mismo individuo. En los libros de los milagros (de San Martin) he referido, segun los oí de la boca del mismo Aredio, los milagros que el Señor hizo por su mediación y por la virtud del santo mártir Julian y del santo confesor Martin.

«Despues de estos y otros milagros que hizo con el auxilio del Señor, vino tambien á la basílica de San Martin de Tours, donde permaneció corto tiempo, diciéndonos que muy pronto saldria de esta vida, y dió gracias á Dios por haberle permitido besar antes de morir el sepulcro del santo obispo; luego despidióse de nosotros y partió. Cuando volvió á estar en su celda hizo su testamento, y nombró herederos suyos á los santos Martin é Hilario (1). No tardó en enfermar de la disentería. Al sexto día de su enfermedad, una mujer, que á menudo era atormentada por un espíritu maligno, sin que el santo varón (Aredio) hubiese logrado curarla, dió grandes gritos, diciendo: «¡Venid, ciudadanos! ¡levántate, multitud, y salid á recibir á los mártires y confesores que vienen para asistir á los funerales del santo varón Aredio! ¡Mirad, vienen Julian de Briónde, Privado de Mende, Martin de Tours, Marcial, de esta misma ciudad (Limoges), Saturnino de Toulouse, Dionisio de Paris, y tantos otros habitantes del cielo á quienes venerais como confesores y mártires de Dios!» Gritando de esta manera á la entrada de la noche su amo mandó atarla, pero no hubo medio de detenerla; rompió las ataduras y corrió al convento. Entonces (24 de agosto de 591) fué cuando el santo expiró, diciendo que los ángeles acudían á recibirle. En sus funerales curó á aquella mujer y á otra poseída de un espíritu peor, apenas se hubo cerrado el sepulcro sobre sus restos mortales, y yo creo que fué por voluntad divina el no haber podido curarla antes cuando vivió en este mundo, para que fuese mas enaltecida su virtud milagrosa en su entierro. Concluido éste, acercóse á la tumba una mujer que, teniendo la boca abierta, no podia pronunciar ni una palabra; pero apenas hubo besado el túmulo recibió el don del habla.

«En el mes de abril de este año hizo estragos una epide-

(1) Habia hecho ya otro testamento en vida de su madre en el oncenavo año del reinado de Sigeberto (572). En aquel tiempo eran consideradas las almas de los bienaventurados como personas jurídicas capaces de heredar; despues nombraban herederos las iglesias y conventos en que se veneraban estas personas ó almas.

mia en los habitantes de los territorios de Tours y Nantes, por manera que la persona que sentia solo un ligero dolor de cabeza moria irremisiblemente. Hiciéronse rogativas, limosnas, ayunos y toda clase de abstinencias, y así se desvió la ira divina y se calmó la plaga.

«En la ciudad de Limoges el fuego del cielo mató á varias personas que habian trabajado en su oficio el día del Señor; porque este día, que fué en el principio el primero que vió la luz acabada de crear y despues fué testigo de la resurrección del Señor, es sacratísimo, y debe ser observado por los cristianos con toda fidelidad, sin hacer en él trabajo ninguno en público. Tambien consumió el fuego á varias personas en el país de Tours, pero no en domingo.»

En Limoges era el rayo un castigo de Dios, y en Tours mató á algunos por otra causa. Envidiable por cierto es la fe tan supersticiosa como ingénua de Gregorio de Tours.

«No tiene ponderacion la sequía que hubo y que hizo perder todos los pastos, originando grandes enfermedades en toda clase de ganado menor y mayor, de suerte que apenas quedó para la cria, como profetizó el profeta Abacuc (III, 17): «A las ovejas faltará el pasto y los bueyes estarán delante de los pesebres vacíos.» Pero no solamente sucumbieron los animales domésticos, sino tambien los silvestres, porque en los bosques y sotos fueron encontrados multitud de ciervos y otros animales muertos. El heno fué destruido por los aguaceros y por las inundaciones de los rios; las cosechas de fruta fueron insignificantes, pero la vendimia abundante. Las bellotas apuntaron pero no llegaron á madurar (2).»

A esta relacion sigue la ya citada lista de los obispos de Tours, que forma el fin de la obra de la *Historia eclesiástica de los Francos*; pero nosotros añadiremos aquí un episodio que refiere el mismo autor en la citada obra en uno de los capítulos anteriores, porque dá una idea de la manera de discutir en materia religiosa y dogmática en aquella época.

«En aquel tiempo, contagiado uno de nuestros sacerdotes de la ponzoña y demencia saducea, negó la resurrección de la carne; y cuando le observamos que la Sagrada Escritura la enseñaba y las tradiciones apostólicas la demostraban, contestó: «Notorio es que esta es la opinion general, pero no por eso estamos ciertos de si es cierta ó no; máxime cuando Dios enojado dijo al primer hombre, formado por su santa mano:

«Comerás tu pan con el sudor de tu frente hasta que vuelvas á ser tierra, de la cual estás formado, porque eres tierra y volverás á ser tierra.» ¿Qué contestareis vosotros que predicáis la resurrección, viendo que el poder divino no promete al hombre que, despues de haberse vuelto polvo, resucitará?» A esto repliqué yo: «Creo que ningun católico ignora lo que de esta cuestion han dicho Nuestro Señor y Salvador y los Padres que nos han precedido (3).»

Entonces dijo otra vez el sacerdote: «No dudo que el Señor, hecho hombre, haya muerto y resucitado; pero no creo que tambien los demás resuciten.» Y repuso Gregorio: «Cabalmente para no dejar morir al hombre para toda la eternidad, el Hijo de Dios vino del cielo, murió y bajó al infierno.» Repliqué á esto el sacerdote: «¿Pueden volver á animarse los huesos reducidos á polvo y resucitar de ellos una persona viva?» A esto le contesté yo: «Nosotros creemos que no es difícil para Dios volver la vida al hombre aunque su cuerpo se haya vuelto polvo y el viento haya dispersado este polvo por mares y tierras.» Respondió el sacerdote: «En lo que

(2) La cria de cerdos era un ramo principal de la riqueza agrícola.

(3) Cita aquí Gregorio los siguientes pasajes de la Sagrada Escritura: Génesis, 25, 8, 17, 35, 29, 4, 10; Job, salmo 41, 9; Isaías, capítulo 66; Ezequiel, 37, 6 y siguientes; 2.º Libro de los Reyes, 4, 34, y Apocalipsis 1, 5.

mas errais, creo, es cuando decís que han de resucitar las personas despedazadas por bestias feroces, ó que se han ahogado en el agua, y han sido comidas por los peces, y despues de digeridos han sido evacuados en forma de excrementos, que se han disuelto en las corrientes de agua ó se han podrido en la tierra.»

Gregorio procura deshacer esta última objecion con el pasaje del Apocalipsis (20, 13): «El mar restituyó los muertos;» y añade: «De ahí resulta claramente que todo lo que de un cuerpo humano devora un pez ó una fiera ó destroza un ave, el Señor lo restaura ó restituye en el momento de la resurrección (1).» Repliqué el sacerdote: «¿Por qué dice entonces el salmo (1, 5): «Por esto no resucitan los impíos en el juicio (2)?» y dije yo: «No resucitan para juzgar, pero resucitan para ser juzgados (3).» A esto replicó: «El Señor ha dicho en el Evangelio: «El que no cree, ya está juzgado (4);» es decir, que no le tocará resucitar.» Dije yo: «Está juzgado y ha de sufrir el castigo eterno, por lo cual ha de resucitar para sufrir corporalmente por los pecados que corporalmente ha cometido; como corporalmente se hallan en el cielo los que murieron santos, conforme creemos, y de cuyos sepulcros irradian la virtud de devolver la vista á los ciegos, de curar á los cojos, leprosos y otros enfermos que van á orar allí; del mismo modo creemos que los pecadores son guardados en el infierno para el día del juicio.» Contra esto citó el sacerdote las palabras del salmo (104, 16): «El viento pasa por encima del hombre; éste cesará de existir y no verá ya mas el sitio donde vivió.» «Esto, — contesté yo, — quiere decir lo mismo que dijo el Señor en la parábola (5) al rico que sufría las llamas del infierno: «Tú ya has recibido en vida el bien, pero Lázaro solo ha recibido penas (6);» pues ese rico ya habia perdido la memoria de su púrpura y de los buenos manjares que le habian proporcionado el aire, la tierra y el mar; ni Lázaro se acordaba, descansando en el regazo de Abraham, de las llagas que le hacían sufrir mientras estaba echado delante de la puerta del rico que ahora sufría las llamas.» A esto replicó el sacerdote: «En otro salmo (146, 4), leemos: «El alma se irá, porque ha de volver á su tierra, y aquel día perecerán todos sus pensamientos.» Le contesté yo: «Es verdad, porque cuando el alma ha abandonado el cuerpo, y éste yace muerto no piensa ya en lo que dejó en la tierra, no piensa ya, verbigracia, en edificar, en plantar, en hacer las labores del campo ni en juntar oro, plata ni otras riquezas de este mundo. Estos pensamientos ya no existen en el cuerpo muerto, porque ya no tiene espíritu. No comprendo por qué pones en duda la resurrección, de la cual los santos esperan la recompensa de sus méritos y á la cual los pecadores temen con motivo de sus pecados.»

A esto añade Gregorio la siguiente débil razon, sacada de la naturaleza:

«Hasta los elementos que tenemos á la vista prueban la resurrección, quiero decir los árboles, que se visten en verano de follaje y le pierden en invierno, pero al llegar la primavera resucitan en cierta manera y vuelven á cubrirse de hojas como antes. Lo mismo nos demuestran las semillas, que muertas y confiadas al surco, resucitan y producen muchos frutos, como dice el apóstol San Pablo (7): «¡Necio, lo que

(1) Aquí siguen los pasajes: San Mateo, 16, 27; Evangelio de San Juan, 11, 24, 25, 16 y 6.

(2) Salmo 1, versículo 5.

(3) Evangelio de San Juan, 3, 12.

(4) Evangelio de San Juan, 3, 18.

(5) Evangelio de San Lucas, 16, 25.

(6) Evangelio de San Lucas, 16, 25.

(7) Carta I á los corintios, 15, 36.

siembras no resucita sin haber muerto antes.» Todo esto está á la vista del mundo para que crea en la resurrección.»

A esta prueba añade Gregorio como razon final el egoísmo, la esperanza de la recompensa y el temor del castigo. Esto dicho por un obispo galo-romano, letrado, sincero, creyente y ajeno á toda falsedad y arteria, da una idea completa y exacta de la altura intelectual, de la instruccion moral y religiosa en aquella época en un país como la Galia. Véase el pasaje:

«Y si no hubiera resurrección, ¿qué beneficio sacaria el bueno de obrar bien y qué perderian los malos obrando mal? Si no hubiese justicia final podrian vivir todos solo para satisfacer sus gustos y podria hacer cada persona lo que se le antojase.»

Es preciso conocer bien esta moral material para comprender y apreciar la parte que la religion cristiana ha tenido en la civilizacion europea desde Constantino hasta Carlomagno y hasta hoy, porque ni la reforma protestante, ni la purificacion interior de la Iglesia católica que realizó el concilio de Trento con la supresion de muchas excrecencias y superfetaciones han exterminado aquella moral egoista, inherente por lo demás á casi todas las religiones conocidas, y que sin satisfacer el deseo del bien y de la dicha innato en el hombre, jamás habrian llegado á formar institucion social.

Gregorio, pues, concluye esta relacion del modo siguiente: «¿Y no te hace temblar, hombre inicuo, lo que el Señor dijo á los santos apóstoles, á saber: «Cuando venga el Hijo del Hombre, sentado en el trono de su majestad, serán reunidos ante él todos los pueblos, y él los dividirá como el pastor separa las ovejas de las cabras, colocando los unos á su derecha y los otros á su izquierda, y dirá á los primeros: «Venid, vosotros, benditos de mi Padre, y tomad el imperio,» y á los segundos: «Apartaos, malvados.» Estos, como dice la Escritura, pasarán á sufrir la pena perdurable, y aquellos á la vida eterna (8).» ¿Crees ahora que habrá resurrección de los muertos y un juicio de las obras de los hombres? Que te conteste el apóstol San Pablo cuando dijo á los incrédulos: «Si Cristo no ha resucitado, tan vano seria nuestro sermón como vuestra fe (9).»

Entonces se quedó muy triste el sacerdote y nos dejó despues de prometernos creer en la resurrección de la carne, segun mandan los pasajes citados de la Sagrada Escritura.»

Agradecidos y con sentimiento nos deja aquí el obispo Gregorio, que hasta ahora nos ha servido de guía inmejorable, aunque no infalible. Ninguna otra rama germánica ha tenido la dicha de tener en aquella época un historiador como la de los francos. Jordanes, de origen godo, ha conservado en su crónica preferentemente datos relativos á los godos; Paulo Diácono, hijo del longobardo Varnefrido, infinitamente superior en instruccion á Gregorio de Tours y á Jordanes, trata preferentemente de los longobardos, y Procopio, el célebre historiador bizantino, nos ha dejado una fuente inapreciable para la historia de los vándalos, godos y otros bárbaros, pero ninguno, á pesar de ser testigos coetáneos de los sucesos que describen, nos presenta cuadros tan exactos como el obispo de Tours de la vida íntima en su país, de los festines, de la guerra, de la vida agrícola, de las cortes y de la Iglesia; ninguno nos presenta á los reyes, reinas, obispos, abades y sacerdotes, poderosos y magnates, francos y romanos, con una sinceridad tan ingénua y natural en el estado moral, ignorante y materialista en que realmente se hallaba la humanidad en su época en general y en la Galia en particu-

(8) San Mateo, 25, 31-46.

(9) Carta I á los corintios, 15, 14.